

PRESENTACIÓN

El análisis y la medición del «capital social» existente en una determinada red de relaciones individuales, organizacionales, sociales o comunitarias se han constituido en instrumentos de gran utilidad para aquellos que dirigen y gestionan las organizaciones.

El concepto de capital social implica la generación de procesos de interacción social que activan respuestas en orden a conseguir el desarrollo de un entorno. Asimismo es un recurso de la sociedad que permite obtener beneficios de diversa naturaleza. Robert Putnam entiende el capital social como el conjunto de factores intangibles (valores, normas, actitudes, confianza, redes y elementos semejantes) que se encuentran dentro de una comunidad y que facilitan la coordinación y la cooperación para obtener beneficios mutuos. Pierre Bordieu define el capital social como el conjunto de recursos existentes o potenciales relacionados con la posesión de una red estable de relaciones más o menos institucionalizadas de mutua familiaridad y reconocimiento. Por su parte James Coleman define el capital social como los recursos socioestructurales que constituyen un activo de capital disponible para el individuo y facilitan ciertas acciones a todos los individuos que están dentro de esa estructura. Para Fukuyama el capital social es la expectativa que surge dentro de una comunidad de comportamiento normal, honesto y cooperativo, basado en normas comunes, compartidas por todos los miembros de dicha comunidad.

Pero el análisis de capital social da un paso más e introduce el factor cultural que acompaña a las relaciones humanas, completando una visión más integral, inherente a los pro-

cesos de interacción social. Entendido el capital social como expectativas de reciprocidad e información mutua, derivadas de la participación del individuo en una red social, estamos ante un concepto relacional, ya que este recurso sólo es accesible a los individuos a través de su participación en algún tipo de red. El capital social comprende todos aquellos elementos que conforman la organización, es decir, redes, normas, prácticas institucionales, convenciones sociales y relaciones de confianza que facilitan la coordinación y cooperación en la búsqueda del beneficio mutuo. Autores como Woolcock hacen hincapié en la forma en la que interactúan y se autoorganizan los agentes económicos y sociales existentes en una estructura socioeconómica para generar desarrollo y crecimiento económico.

Esta nueva forma de capital social ya ha sido empleada para explicar fenómenos tan diversos como la creación de capital humano, la efectividad de las instituciones democráticas y el desarrollo económico de una región. De manera que el concepto de capital social y su aplicación práctica pueden ser herramientas de gran interés para conocer, desde una perspectiva integral, la realidad de las relaciones existentes entre los miembros o colectivos de distintas organizaciones o redes sociales.

Desde el punto de vista de las organizaciones empresariales el capital social es la capacidad de un colectivo de personas (organización, empresa, red) para generar procesos de relación que incidan de forma positiva en el desarrollo y potenciación de la red empresarial, social y comunitaria en la que interactúan. Esta capacidad colectiva puede ser estudiada y medida en términos de conocimientos, valores y comportamiento midiendo los procesos reales de interacción. Especialmente en las sociedades industriales avanzadas y del conocimiento, el desarrollo organizacional y del entorno económico está estrechamente vinculado al factor humano y a la generación del conocimiento. En este tipo de sociedades los factores que inciden en el desarrollo económico son múltiples, pero las condiciones estructurales (organización) y culturales (procesos de identificación) en las que se desarrolla el factor humano (conocimiento, valores e interacción) adquieren un interés especial. ¿Cuáles son los contenidos de los conocimientos, de los valores?, ¿qué formas organizativas, asociativas y relaciones (organizacionales y comunitarias) son necesarias para que las organizaciones y sus entornos tengan mayor desarrollo? Entender estos factores y establecer mediciones operativas supone establecer la posibilidad de actuar sobre nuestro desarrollo organizacional y la posibilidad de incidir en la mejora del desarrollo de las organizaciones y redes y hacer de éstas un motor del desarrollo. Con la «evaluación del capital social» de las relaciones de la red organizacional se pretende analizar su eficiencia y su eficacia.

El desarrollo de este campo de análisis es, por tanto, un reto en nuestra sociedad si se aspira a un mejor conocimiento y a una mejora del funcionamiento de nuestras redes y organizaciones, como demuestra la experiencia de la evaluación del capital social en otros países que destacan por su competitividad y por el desarrollo de sus sistemas de gestión. El capital social se puede medir con técnicas de carácter cuantitativo y cualitativo (cuestionarios, entrevistas en profundidad, análisis de contenido).

Crear y gestionar el capital social supone incorporar formas de pensar y de actuar en el modelo de gestión de una organización.

La generación de capital social está vinculada a la cohesión grupal por medio de la incorporación de normas no escritas compartidas; la creación de confianza entre los miembros de un grupo; la cooperación coordinada en tareas que exceden las capacidades individuales o de grupos reducidos; la resolución de conflictos por medio del liderazgo; la movilización y gestión de recursos comunitarios para el desarrollo; la legitimación del liderazgo transformacional y la generación de ámbitos y estructuras de trabajo en equipo.

En definitiva, se puede generar capital social estableciendo normas y prácticas adecuadas que permitan la cooperación entre los individuos que participan en una organización o en un entorno social y fortaleciendo actitudes y valores adecuados que permitan esa cooperación.

El objetivo fundamental de este número de EKONOMIAZ es ofrecer un amplio panorama de los desarrollos modernos de la teoría del capital social producidos en el campo de la Economía y la Sociología Económica, con especial atención, como es obligado, a la investigación empírica realizada en el País Vasco.

El contenido de este número podríamos estructurarlo en tres partes. La primera, una óptica general, plantea los temas más generales y teóricos relacionados con el capital social y su medición mediante técnicas cuantitativas y cualitativas. La segunda aborda algunas de las cuestiones teóricas más relevantes surgidas en torno al capital social: capital social y desarrollo económico; democracia y capital social o capital social y generación del conocimiento. La tercera se centra en las experiencias concretas de la creación y medición de capital social en distintos ámbitos de la Comunidad Autónoma de Euskadi.

Miguel Ayerbe Echeberría, Olatz Ayerbe Mujika, Xabier Barandiaran Irastorza, Ainhoa Lazkano Agirre, Alazne Mujika Alberdi y Alatzne Plazaola Arrondo realizan en *El capital social de las organizaciones y su entorno: conceptualización teórica, medición e intervención en la generación de capital social* el análisis y la evaluación del capital social existente en una determinada red de relaciones individuales, organizacionales, sociales o comunitarias. Midiendo el capital social de una red podemos diagnosticar la cantidad y la calidad, la densidad y el enfoque de las relaciones existentes en una red. Las organizaciones empresariales con mayor capacidad de desarrollo sostenible son aquellas que sitúan su cultura y acción en el conjunto de la red empresarial y social en la que interactúan. Sus vínculos abarcan más allá de los estrictamente empresariales. Son parte «activa» de la vida y desarrollo del entorno. La empresa se constituye así en un «proyecto humano» activo en la construcción de la realidad social y comunitaria.

Carlos Fernández Isoird, Ainhoa Unamuno Aranburu e Iñigo Urkidi Diez afrontan en *El capital social organizacional y la capacidad auto-regenerativa de las organizaciones* el reto de demostrar que la innovación, resultado de la conservación de la capacidad de adaptación, es una condición indispensable de vida. Los cambios del medio al cual los

sistemas deben adaptarse son cada día mayores y más rápidos y podemos traducirlos en una necesidad de regeneración que se ha acelerado e incrementado en términos de velocidad e impredecibilidad. La innovación es una capacidad, disponible para todos los seres humanos y para toda organización social, que para ser desarrollada sólo requiere superar los límites impuestos a sí mismo por los individuos y las organizaciones, es decir, simplemente «desencadenarla», liberándola de los factores culturales —discursos, prácticas y actitudes— que impiden su libre manifestación. Es aquí donde las comunidades de práctica, en sintonía con el capital social organizacional, pueden propiciar la interacción y el intercambio de conocimiento que redunde en la creación de nuevas formas de enfrentarse a los cambios del entorno, creando al mismo tiempo mutaciones en la propia estructura de la organización.

Gonzalo Caballero Míguez y Christopher Kingston abordan en *Capital social e instituciones en el proceso de cambio económico* la relevancia de los procesos de cambio institucional sobre las bases teóricas de la Nueva Economía Institucional, en un marco que puede integrar el corpus teórico del capital social. La reciente aparición del libro de Douglass North *Understanding the Process of Economic Change* es una propuesta de novedosos fundamentos teóricos sobre los que abordar el estudio de las instituciones, el capital social y el desarrollo económico.

Celia Cornejo Manrique en *Capital social, competitividad y pymes* explica cómo en el mundo globalizado de hoy la competitividad de las industrias depende cada vez más de la manera en que los agentes económicos se organizan en redes empresariales. Estas redes incorporan empresas de diferente tamaño, que cooperan y compiten entre sí, reemplazando a las grandes empresas de la época del fordismo integradas verticalmente. La manera en que se organizan y la competitividad alcanzada por estas redes depende en gran medida de la confianza existente entre las empresas y entre el empresario y sus trabajadores. A mayor confianza, menores son los costos de transacción y mayores los niveles de productividad y competitividad alcanzados. La importancia de la confianza en el desarrollo económico y de su fuente de origen, que es el capital social, forma parte de un debate que explica el renacimiento que han tenido las pequeñas empresas en especial aquéllas que conforman *clusters* o conglomerados empresariales.

Xosé Carlos Arias Moreira y Santiago Lago Peñas inician en *Las relaciones entre descentralización y capital social: argumentos teóricos y referencia española* los estudios de aplicación econométrica a la teoría del capital social. En su trabajo exploran las relaciones existentes entre capital social y procesos de descentralización, partiendo de una discusión acerca del primero y acogiendo a su definición como una urdimbre de instituciones informales que inducen a comportamientos cooperativos espontáneos de los individuos. El argumento central es que la dotación de capital social puede ser un elemento de gran importancia para inclinar la balanza hacia el lado de las ventajas: en el caso de que una mayor descentralización consiga efectivamente incrementar la dotación de capital social —lo que se puede acreditar en un buen número de casos, aunque no es un fenómeno universal—,

ello derivaría en ganancias significativas en términos de reducción de los costes de transacción y de impulso de la capacidad de innovación y la calidad de las políticas públicas.

José Manuel Sánchez Santos y José Atilano Pena López en *Actividad asociativa, confianza y generación de capital social: evidencia empírica* parten de una crítica constructiva de las inconsistencias de la definición del concepto de capital social, para proponer como concepto alternativo el de capital moral asentado en la generación de consensos valorativos sociales y cuya máxima expresión es la confianza. En segundo lugar, y con el objeto de aportar evidencia sobre el discutido papel de la actividad asociativa en la generación de confianza social, desarrollan una contrastación empírica sobre los determinantes de la misma. Los resultados verifican la existencia de un claro vínculo entre el despliegue de una amplia estructura organizativa macrosocial, la confianza en las instituciones y la existencia de confianza social. Por el contrario, la homogeneidad social y la solidez de las instituciones sociales tradicionales (familia, religión, etc.) no guardan una relación directa con los niveles de confianza social observados.

Por su parte **Miguel Ayerbe Echeberría** en *Liderazgo y capital social individual: factores clave en la competitividad* pretende ofrecer una aproximación al estudio de las relaciones que es posible establecer entre dos conceptos que tienen grandes similitudes pero también notables diferencias y que interactúan intensamente el uno sobre el otro: el liderazgo, más específicamente, el «liderazgo transformador» y el «capital social individual». Y por otro lado el trabajo pretende mostrar por qué ambos elementos son importantes para el desarrollo de las capacidades y ventajas competitivas, especialmente en contextos socio-económicos con fuertes tradiciones comunitarias como el del País Vasco.

Mikel Olazaran Rodríguez, Cristina Lavía Martínez y Beatriz Otero Gutiérrez reconocen en su artículo *Cooperación, conocimiento e innovación: políticas y agentes regionales de I+D* la importancia del capital social y de las redes formales e informales de confianza y cooperación entre los actores que participan en los procesos de generación y aplicación de conocimiento. Se dedica una especial atención al papel de las políticas públicas en la creación, dinamización y coordinación de los agentes de I+D. Desde esta perspectiva se analiza el caso vasco considerando, en primer lugar, la creación de una estructura de I+D (los centros tecnológicos) y, en segundo lugar, la relación entre éstos y el resto de agentes del sistema (universidad y empresa). Se analizan los problemas de consolidación y ajuste de los agentes, por un lado, y los de coordinación entre los mismos, por otro.

Paula Rodríguez Modroño y Carlos Román del Río en su trabajo *El capital social como factor de competitividad y desarrollo empresarial* explican cómo en las últimas décadas, un número creciente de estudios encuentran en el capital social una parte importante de la explicación del desarrollo socio-económico de naciones, regiones o comunidades. Este artículo sintetiza en primer lugar las diferentes perspectivas sobre el concepto de capital social, para posteriormente definirlo de forma operativa y explicar los principales mecanismos y procesos a través de los cuales el capital social puede conducir al desarrollo. Por último, se presentan los resultados de una investigación que

muestra cómo el empresariado utiliza su capital social para innovar, aumentar su competitividad y mejorar sus resultados empresariales.

Ángel Arbonés Ortiz aporta un marco teórico de trabajo novedoso para futuros estudios del desarrollo de las ciudades como «comunidades de práctica» y de gran utilidad en la construcción de indicadores de capital social orientado a la «ciudad del conocimiento». Parte de la concepción de la ciudad entendida como un sistema complejo donde no es posible intervenir directamente sobre ella como un todo abstracto, sino a través de sus habitantes. El corolario de este planteamiento es que cualquier política pública debe ir dirigida a fomentar la auto-organización de las personas, que son los elementos que realmente garantizan la sostenibilidad de las acciones emprendedoras y de creación de conocimiento, en otras palabras, los que darán lugar a la creación de las comunidades de «práctica».

El equipo compuesto por **Miguel Ayerbe Echeberría, Olatz Ayerbe Mujika, Xabier Barandiaran Irastorza, Ainhoa Lazkano Agirre, Alazne Mujika Alberdi y Alatzne Plazaola Arrondo** realiza una *Medición del capital social en las redes institucionales del Departamento para la Innovación y la Sociedad del Conocimiento de la Diputación Foral de Gipuzkoa: una propuesta metodológica*. En 2004, esta última quiso conocer el «tipo» de relaciones que ha ido estableciendo con otras organizaciones e instituciones a lo largo de los diferentes programas que ha llevado a cabo, al estar convencida de que la mejora de las relaciones entre distintas organizaciones e instituciones incide de manera extraordinaria en el desarrollo mutuo, la creación e intercambio de conocimiento y, en última instancia, en el cumplimiento de los objetivos propuestos. El instrumento de medición del capital social diseñado en esta investigación es una propuesta novedosa para medir la cantidad y la calidad de las relaciones de una institución concreta que podría servir para desarrollar nuevos instrumentos de medición aplicables a otro tipo de organizaciones.

Ainara Basurko Urkidi en *El capital social: caso Lea Artibai* explica cómo el sector privado puede contribuir a la creación de capital social propiciando la creación de asociaciones y multiplicando los servicios de agentes intermediarios que buscan mejorar las relaciones entre las empresas, fomentando permanentemente formas de cooperación, cultivando la confianza mutua entre los actores organizacionales, desplegando un comportamiento constructivo y creador, impulsando la presencia de valores comunes, reforzando la afirmación de la identidad personal, familiar y colectiva e impulsando el crecimiento de la autoestima en la misma experiencia. En este trabajo se describen los principales hitos que se han vivido en la comarca de Lea Artibai de la que se han obtenido importantes resultados desde el punto de vista del desarrollo económico y bienestar social. La clave ha residido en el trabajo conjunto, coordinado y continuado de jóvenes promotores, lo que constituye un claro ejemplo de la efectividad del capital social como agente transformador del entorno. Este artículo se centra fundamentalmente en el papel jugado por la Escuela Profesional Lea Artibai, organización que fue creada para actuar en pro de la competitividad del capital social y económico de la comarca, buscando en todo momento la representatividad comarcal y la integración de diferentes agentes.

Iosu Lizarralde Aiaitui e Iñazio Irizar Etxeberria, por su parte en *Desarrollo regional y emprendizaje cooperativo* insisten en que el concepto de desarrollo local endógeno concede un papel predominante a las empresas, organizaciones, instituciones locales y a la propia sociedad civil en los procesos de crecimiento y cambio estructural. En esta conceptualización del desarrollo local entendida como un proceso de crecimiento y cambio estructural de la economía de una ciudad, comarca o región, se pueden identificar al menos tres dimensiones: una económica, otra sociocultural, y una tercera político-administrativa. Esto constituye un modelo alternativo al propuesto por el paradigma de desarrollo exógeno dominante durante los años cincuenta y sesenta. La visión tradicional del crecimiento exógeno se apoya en los procesos de industrialización acelerada y concentración de la actividad productiva por medio de grandes plantas en un número reducido de grandes centros urbanos, a partir de los cuales los mecanismos de mercado se difunden posteriormente hacia las ciudades y regiones periféricas. Los autores de este trabajo sostienen que el desarrollo económico y social reciente que ha experimentado el valle de Mondragón ha seguido la senda de desarrollo endógeno.

Aitziber Mugarra Elorriaga estudia en *Capital social y cooperativas: la experiencia en el País Vasco* el impacto del movimiento cooperativista vasco. El País Vasco es conocido internacionalmente por la pujanza de su movimiento cooperativo. Las raíces culturales de cada comunidad, de donde beben las tradiciones cívicas, las normas de reciprocidad y las redes de compromiso social, la confianza, las actitudes y valores compartidos que ayudan a las personas a ir más allá del conflicto y la competitividad, para construir relaciones de cooperación y ayuda mutua en formas de acción colectiva, explican la fortaleza de los movimientos cooperativos en muchas partes del mundo. Siguiendo la tradición de sus fundadores, los socios cooperativos hacen suyos los valores éticos de la honestidad, la transparencia, la responsabilidad y la vocación sociales. Estos son principios y valores que inspiran a los verdaderos cooperativistas, y en los que se encuentran claras referencias a elementos de capital social tales como actitudes y valores compartidos, participación y solidaridad —tanto al interior como al exterior del grupo—, cooperación y ayuda mutua, acción en común, compromiso con la comunidad y responsabilidad social.

Mercedes Oleaga Páramo e Igone Ugalde Sánchez plantean en su *Capital social y pymes internacionalizadas de Bizkaia* que en el nuevo escenario de la Sociedad del Conocimiento, el capital social está cobrando en Europa un gran interés no solo para los teóricos del desarrollo sino para las instituciones de promoción económica y social. En su artículo, que presenta la investigación en curso financiada por la Diputación Foral de Bizkaia, estudian cómo afecta el capital social al desarrollo de Bizkaia y en particular a las pymes internacionalizadas y dan cumplida respuesta a algunas interrogantes relacionadas con la aportación del capital social a los procesos de intercambio y creación de conocimiento e innovación, a la reducción significativa de los costes de transacción, a la mejora de la productividad y a la mejora de la cantidad y diversidad de los conocimientos individuales que pueden revertir en la mejora de la competitividad de las empresas.